

esther peñas



INTRAVAGANTES



INTRAVAGANTES



Ediciones Evohé

Evook
Intravagantes

LA MÚSICA DE LA CONVERSACIÓN

Esther Peñas

LA PALABRA



Hugo Mujica, poeta

La libertad se manifiesta cuando, en el medio
de los demás, uno genera algo propio

Su último libro de poemas, *Y siempre después el viento* (Visor), son cincuenta pequeños —por la extensión— tratados filosóficos, teológicos, vitales. No hay uno solo de ellos que no emocione, que no conmueva, que no predisponga. Con la sencillez del maestro, con la humildad del discípulo, responde, sin pontificar, solo proponiendo.

¿Qué imprime más carácter: ser argentino, sacerdote o poeta?

Todo eso soy yo. Son diferentes perspectivas, al igual que tú eres periodista, serás novia de alguien, hija, hermana de. Lo que soy es el sedimento de cada una de esas vivencias. Según quién tenga enfrente uno se enfoca hacia una u otra, pero ninguna pesa más.

Ahora mismo, ¿hacia cuál está enfocado?

Todavía no lo sé...

¿Fe y poesía son términos amistosos, indispensables, independientes...?

Son complementarios. Me interesa el lenguaje en cuanto acto creador. Dios es creador. Y nosotros captamos que en el acto creador está el vínculo más originario que podemos tener de comprensión.

La fe ¿protege mejor de la frivolidad o de la gravedad?

La fe no protege, la fe expone, lo que ocurre es que nosotros hicimos de Dios, que es la pregunta, la respuesta. La fe es un cuestionamiento y una conciencia de depender, de estar pendiente de lo que no es uno. Por lo tanto, es más un riesgo que una comodidad.

Y si es un riesgo, ¿merece la pena?

No es cuestión de que merezca la pena o no. La fe es una experiencia que va más allá de la negociación. Dios es como el amor, le pasa a uno. Después, uno puede decir que sí o que no.

Dice el Evangelio: «Bienaventurados los pobres de espíritu», y podría contestar el verso de Hugo Mujica: «porque todo cabe en las manos vacías». Sin embargo, el hombre moderno acumula, se llena las manos de cosas, no permite o no sabe restar, prescindir, abandonar...

No sé si es tanto del hombre moderno... No sé de qué se podían llenar o dónde ponían el deseo otras culturas. Hoy en día, indudablemente, el eros está en la producción, ni siquiera en la pareja; el amor más inmediato está en función de lo laboral, como el eros medieval estaba en Dios o en el conocer. Nosotros estamos aprisionados y vinculados a la conciencia de la producción y vivimos en un mundo en el que no se espeja más que a nosotros, lo que dificulta esa voluntad de depender, y dificulta la conciencia de un recibir la vida.

Si sabemos el camino correcto, lo que nos puede hacer felices, ¿por qué nos empeñamos en la senda errónea?

No creo que las cosas estén siempre tan claras. La vida es penumbra y el error también lleva hacia el final del camino. Además, es inevitable la errancia. Por lo demás, solo puedo decirte aquello de San Agustín: «Padre, hazme santo, pero no todavía». Sería lindo que hubiera un camino que nos llevara a nuestro fin, sin errores; sería lindo, pero no sería libre.

Recientemente participó en Madrid en un seminario sobre el silencio. ¿Nuestra escarpada relación con él

se debe a que lo consideramos como medio y no un fin en sí mismo?

Dos cosas. Una: que se confunde mucho el silencio con el reprimir el habla, y el silencio es otra cosa, es un lenguaje, una expresión. Si no se llega al silencio no se sabe qué contiene el silencio. El silencio no es una carencia, es un don. Tiene un algo, y ese algo no es representable desde el lenguaje pero sí vivible desde el silencio. Dos: para llegar al silencio *tenés* que pasar por un retiro. Sin lenguaje, uno se encuentra con su propia alienación; después, eventualmente, llega un verdadero silencio. Como la serenidad, el silencio es una experiencia muy exigente, y culturalmente estamos destinados a la producción, a hacer cosas cuyo resultado sea inmediato. Por eso, el silencio es un camino contracorriente. Pero el hecho es que la experiencia del silencio es habla.

Sus poemas hablan del silencio como dejarnos transformar por lo de afuera, en vez del clásico silencio interpretado como un mirarse hacia dentro...

Hay que eliminar la distinción que acabas de hacer, adentro y afuera. Una experiencia profunda es saberse parte de un todo donde no quepa ese adentro y ese afuera. Hay que experimentar la comunión de ambos.

Hablar de comunión, de sentirse parte de un todo en una sociedad que aviva el individualismo se hace extraño...

Vivimos en una cultura que nos pide todo y no nos da nada; eso, a la vez, es una gracia, porque nos facilita descartar lo innecesario y, con ese panorama, es más fácil darse cuenta de por dónde va la cosa cuando el afuera no te contiene. Hay que forjar nuestra propia vida y la sociedad que nos ha tocado vivir es un revulsivo buenísimo para despertarnos, al igual que sin enfermedad no nos enteraríamos de que vamos a morir.

«En las sombras de su propia luz / se oculta el dios invisible». ¿Por qué es necesaria la oscuridad para que la luz se manifieste?

La sombra y la luz son dos momentos de lo mismo; la sombra, si quieres, es el silencio de la luz. La sombra pertenece al recogimiento, a la serenidad; para mí la noche es más fecunda que el día.

¿Usted conoce esa noche oscura del alma de la que hablan los místicos?

Me gustaría no contestar a eso...

En su poesía encontramos una constante reivindicación de la nobleza en tanto cualidad de desnudarnos de nuestras apariencias. ¿Cabe el pudor en esa desnudez?

Todo lo mirado es afectado por la mirada. El pudor es la conciencia de validez de determinada cosa que no queremos que sea usurpada por una mirada curiosa. El pudor es la conciencia de lo valioso. Y lo valioso no se pone en el centro de la plaza. La desnudez es la meta. Estuve siete años en un monasterio trapense, en silencio absoluto; a través del silencio no *tenés* el discurso para manipular o manejar la realidad, para seducir. Por otro lado, a través de la obediencia no *tenés* proyecto propio, no te diriges tú, no tienes sensación de poseerte. Eso, que dicho así puede incomodar, es un regalo.

¿Qué fue lo más complicado de esos siete años monacales?

Me impresionaba que no hubiera espejos. Es un modo de sacarte todas las identificaciones que vamos almacenando hasta que no *quedás* más que vos. A eso hay que llegar, a la vida por la vida y no la vida *para*. Una obra de arte no es para nada, se hace porque uno tiene la necesidad de hacerla. Es lo que decía el maestro Eckhart cuando le

preguntaban que cuáles son las cosas de Dios: son las que son. Ni para qué ni por qué. El puro existir. Dios.

Desnudez implica fragilidad. ¿Eso nos hace débiles?

Sí, es una debilidad, pero es que somos débiles, el hombre es debilísimo; posiblemente si no hubiera inventado la cultura no hubiera sobrevivido. La farsa es manifestarnos fuertes. Solo mostrándonos débiles el otro puede mostrarse a nosotros; el poder separa, la debilidad reúne. Dios nos hizo necesitados para que nos necesitemos, no como fallo sino como comunión.

«No hay otro lado, / saberlo es el otro lado». ¿Por qué cuesta tanto aceptar al otro, reconocernos en el otro, no pensar al otro desde nosotros, con nuestros parámetros?

Como humanos, nos tenemos miedo. Después lo vencemos, lo acallamos, lo reducimos, pero lo básico es tenernos miedo. Todos queremos jugar al poder, y eso implica que el otro puede vencerte, viendo la derrota no como un aprendizaje, sino como una humillación.

Antes creía usted que el mayor don que poseía el hombre era la paz; ahora, sin embargo, considera que es la gratitud. ¿Cuál sería el gran problema moral del hombre de hoy?

Yo nunca juzgo moralmente; pienso, trato de comprender al otro, de entender por qué ha hecho lo que hizo o por qué actúa así. ¿Qué sabe uno del otro? ¿Qué sabe? Nada. Entonces, ¿cómo vamos a juzgar a alguien del que apenas sabemos nada?

¿Y Dios? ¿Nos juzgará él?

Me gustaría ser «algo» de Dios. Que me piense, siquiera un instante chiquito, me justifica. Es lo único que puedo decirte.

Europa le ha vuelto la espalda a Dios. ¿Qué lugar ocupa lo sagrado hoy en día?

Yo no sé si está volviendo la espalda a lo sagrado, a Dios, o a una tradición que hace unos años tenemos la experiencia de que ya no está haciendo presente lo que trata de transmitir, porque el mensaje no se corresponde con la actuación. En el Concilio Vaticano II se asumió que la mitad de los símbolos no tenían nada detrás, que la autoridad estaba autorizada como autoridad, no como valor. En todo caso, Europa da la espalda a un sistema acabado; podemos perpetuarlo o hacerlo durar más, pero ese sistema necesita volver al núcleo cristiano.

¿Cuál es ese núcleo?

Que la muerte fue vencida. Punto. Después vino una institución, un entramado de poder, un montón de cosas buenas y de cosas malas. De esa institución queda la luz de una estrella muerta. La gente necesita volverse hacia la esencia. Hay que ser ciego para no darse cuenta de que nuestro discurso es del Medioevo, no un discurso de la modernidad. Durante la última elección del papa, podía haber pensado: el mundo es un caos, pero Cristo caminó sobre ese caos, sobre el mar: mostremos al mundo con qué se puede caminar. Pero no, se decidió volver al Arca de Noé para juzgar desde allí. Nosotros dejamos de atraer al mundo. Hace setenta años todo Occidente era Iglesia. La situación de hoy se debe a que la Iglesia se separó de su pueblo. No hay que buscar explicaciones ajenas. Al igual que los divorcios se producen dentro de familias constituidas, la Iglesia dejó de preocuparse por sus miembros.

Incluso existe un desfase entre la jerarquía eclesiástica y los sacerdotes y laicos digamos de base, más apegados, más conscientes...

Eso sigue siendo reconocido y apreciado por la gente, la gente respeta eso, muchísimo. Pero es obvio que cuando hablamos de la Iglesia hay un símbolo que es el del poder ante lo cual la gente juzga.

Habla usted de que nos manejamos con perfiles en vez de adentrarnos en los rostros. Parafraseando a Unamuno, ¿uno ama lo que conoce, o conoce arrastrado por el amor?

Uno primero ama lo que conoce, y el misterio último del amor es terminar sabiendo que uno no sabe nada de ese al que ama. Eso es el amor, haber logrado que el otro sea tan único que resulte incomparable y, por lo tanto, un extraño. El amor separa, en el sentido de que el amor escoge a uno de entre muchos, y lo hace tan único que uno no sabe quién es.

Y llegar a esa conclusión, ¿no causa estupor?

Ciertamente, pero el estupor no es, en sí mismo, malo. El primer paso del enamoramiento es convencer al otro de que somos iguales, así que te tragas películas horribles y haces cosas que no te apetecen, etc. Lo hermoso es cuando el otro comienza a ser el misterio del otro, y uno se da cuenta de que el amor es acompañar el salto a lo desconocido.

Mencionó antes al maestro Eckhart. Yo le propongo un adagio de otro místico alemán, Angelus Silesius: no hay virtud sin amor. ¿Qué queda si no hay amor?

Sin amor no queda nada, más allá del amor, es el nombre de eros, de la fecundidad, de la vida en última instancia, no hay nada. Todo lo que vive es porque hubo amor. Dios mismo es amor.

He leído en alguna ocasión que usted dijo que el dolor ahonda y el amor expande. ¿Por qué la

densidad del dolor es mayor, al menos en apariencia, y lo dichoso parece escaparse por liviano?

Es una misma cosa, dolor y amor. Como la luz y sombra, son dos momentos de lo mismo. Dolor es pérdida de aquello con lo que me identifico y eso me deja las manos vacías. Pero las manos vacías tienen más hueco para recibir. El amor es como una fuente que surge, pero hay que abrir túnel. El dolor es la deconstrucción de la construcción que yo hice de mí mismo. A medida que eso se rompe, el amor se filtra.

¿Duele, el amor?

El amor es sacrificial, en última instancia. Sí, duele, pero con un dolor que es más placentero que la misma felicidad.

Sacrificio es una palabra que podría sonar a caduco...

Sí..., porque no se registra la felicidad. Se registra el horror, el dolor, la tristeza. Te pondré un ejemplo. En Buenos Aires hay un tren que es como el *Far West*, te puede pasar de todo en él. Los domingos está lleno de gente que hace esfuerzos para llevar a sus hijos al parque, a jugar fútbol, qué sé yo, y es gente feliz, aunque esté haciendo un sacrificio. Pero eso no se registra. Nadie registra el amor. Por eso sospecho de la historia oficial que dice que la gente no hace sacrificios. Esos hombres viajan como ganado por esos muchachos, sus hijos, para darles un día siquiera a la semana de felicidad. La vida, como la representación de la Iglesia, no es lo que parece que está pasando; lo que no aparece es lo que se salva. La cotidianidad está llena de sacrificio.

Hombre y mujer, ¿son complementarios?

Complementarios en la diferencia. La riqueza es la diferencia. Por eso siempre prefiero la diferencia a un acuerdo educado. Que cada uno sostengamos lo diferente.

Argentina acaba de aprobar el matrimonio homosexual. ¿Qué le parece?

Tres cosas. Uno: tienen toda la libertad del mundo. La Iglesia ha estado en contra de una manera radical, y se equivoca. Me parece bien que se le exija al católico que no se divorcie, pero no puede prohibir que quienes no están en el Iglesia se divorcien. Dos: ¿puede, la Iglesia, prohibir un camino hacia el amor, acercarse a la persona que ama, aunque sea de su mismo sexo? Tres: me desilusiona que se quieran casar. Pelean por la libertad y ¿qué es la libertad para ellos?: entrar en el ejército y casarse, las dos instituciones más angostantes que a uno le vienen a la cabeza. Pensé que la revolución de la mujer y de los homosexuales aportaría creatividad, pero repiten las pautas del poder establecido.

Que dos mujeres puedan casarse ¿no es novedoso?

Es más de lo mismo. Hay un problema de falta de creatividad de las minorías: podían crear nuevas situaciones, pero repiten cánones. ¿Por qué no organizan otras formas de familias? Por ejemplo, tengo una amiga soltera que adoptó un niño y nos propuso, a un grupo de amigos íntimo y reducido, que nos comprometiéramos con la educación de ese niño. ¿Esa familia es menos familia que una tradicional? Tengo la sensación de que se están organizando otros mundos y eso me alegra muchísimo porque nadie dijo que las instituciones fueran para siempre. Perdón, sí se dijo, pero se equivocó.

Será el vértigo del cambio...

¡Pero si el cambio es maravilloso! A mí me sigue asombrando cuando oigo que tal pareja se separó porque uno de ellos cambió. El cambio es libertad y la libertad, como la elección, produce vértigo. Pero es un vértigo bendito. La indecencia es la seguridad hacia todo. ¡Hasta tenemos seguros de vida! ¿Qué irónico, no? Es como si

quisiéramos tomar las mínimas decisiones posibles para después no tomar otras más comprometidas. Cambiar produce angustia, en el sentido de sensación de algo en lo que ya no quepo y de que la vida me pide más. El cambio es dar ese paso hacia lo inseguro.

¿Se siente libre dentro de la Iglesia? Porque el suyo no es el discurso oficial, y la Iglesia no mira con buenos ojos a quienes, como Küng, dice cosas poco ortodoxas...

Soy un caso particular. Me ordené ya de grande, venía de un retiro de siete años de vida monástica, había pertenecido al mundo del hinduismo. Cuando me ordené entré convencido, y convencido sigo, aunque tengo una vida muy singular. Dicho esto te diré que sí, me siento respetado por la Iglesia porque la Iglesia entiende que lo que digo no lo digo por ser trasgresor, así, en plan *loquito*, sino que soy respetado intelectualmente. La libertad, por otro lado, no existe, es un acto que uno hace. En la malla de lo real, uno abre un espacio nuevo. Eso es la libertad. La gente dice que en la Iglesia no hay libertad pero cuando uno la inaugura es aceptada. Está la comodidad de pensar que la libertad es algo que nos dan los demás, pero es erróneo. La libertad se manifiesta cuando, en el medio de los demás, uno genera algo propio.

¿Teme a la muerte?

En Argentina parece que ya no muere nadie: los velorios tienen horarios, los cementerios se llaman Green Garden o Jardines de Paz y uno tiene la sensación de estar en canchas de golf. Hace cincuenta años no se hablaba de sexo. Ahora le quitamos el paño al sexo, lo destapamos y, como no sabíamos qué hacer con el paño, lo colocamos encima de la muerte. Es curioso...

Uno puede practicar o no sexo, pero lo que no puede evitar es morirse...

Bueno, tampoco es que uno pueda o no practicar sexo, uno puede reprimirlo, que es diferente, y nuestra cultura, que nació del optimismo y la arrogancia, la modernidad, es un avance constante hacia el progreso; y la muerte, en el progreso, es un defecto. Por mucho que prograses el fin es el mismo. Si uno realmente toma conciencia de que va a morir, ¿se entregaría a esta vida que hemos creado? No, por eso nos hacen creer que la suma total de todo lo que compre le dará a uno la inmortalidad. O al menos, una clínica maravillosa. Es parte del juego.

Una última cuestión: ¿Qué le fascinó del cristianismo hasta el punto de ordenarse?

Vengo de una familia anarquista, así que el cristianismo fue tardío para mí. Del cristiano me enamoró el hecho de que la existencia no se desprecia en nombre de la esencia, como en Oriente. La existencia fue pisada por Dios y por tanto el misterio cristiano es ese, que en la vida, en esta vida, está Dios. Incluso en algo donde nunca antes hubo un dios, en el dolor, ahora está Cristo, que nos recuerda que hasta en el dolor hay un sentido.



Antonio Colinas, poeta

Es la contemplación la que nos unifica con el mundo y conforma una impronta en el escritor

Conocer el latido de los grandes poetas, acercarnos a su impulso vital convertido en versos, intimar con la reflexión elemental a la que el cincel del vate se mantiene fiel. Esa es la invitación de Antonio Colinas en su ensayo *El sentido primero de la palabra poética* (Siruela), un adentrarse —sin prisas, con las pausas necesarias— en el misterio de la creación.

El poeta, ¿es siempre consciente de su poética, sabe cuándo ha encontrado su voz?

Creo que sí, es una de las condiciones primordiales del poeta, que sea fiel a su voz, que, a contracorriente a veces de su tiempo, la mantenga y luche por ella.

¿Cómo ha surgido este ensayo, mitad refundición, mitad reedición de un libro publicado hace bastante años?

Lo considero un libro nuevo, sobre todo porque ha duplicado sus páginas. Es un libro que me sirve para hacer mi valoración de mis temas de poética sobre aquellos nombres que he conocido y que más he amado, pero es una visión no al uso, analítica, sino que he procurado no ignorar en ella la vida de los propios poetas. A veces coincide con la mía, como es el caso del magisterio de Vicente Alexandre, a quien dedico un capítulo; o ese encuentro con Ezra Pound, en Venecia, en 1971. En definitiva, pretende ser palabra a contracorriente. Es un libro para quienes aman la poesía, que podrán sentirse muy estimulados por todo este friso que parte de los poetas grecolatinos, pasa por el Renacimiento, por el Romanticismo (con ese ensayo central dedicado a Leopardi, sobre el que he trabajado mucho) y llega al siglo xx.

Habla del misterio como uno de los grandes ejes de la existencia humana. ¿Cuánto debe la poesía al misterio? La poesía, ¿es una manera de desentrañarlo, de aportar luz a la sombra?

Creo que sí, el misterio es uno de los conceptos que hoy en día más se ha desvirtuado, como el concepto de lo sagrado; toda la realidad es sagrada para aquel que la mira con ojos de piedad, de aceptación. Machado dijo que «el alma del poeta se orienta hacia el misterio»; y Saint-John Perse, premio Nobel, definió la poesía como «profundización en el misterio de la existencia». El misterio no es lo evanescente, lo epidérmico, lo fantástico, sino aquello que el ser humano desconoce, que desgraciadamente todavía es mucho.

¿Tiene sentido hablar de poesía hoy?

No podemos concebir un mundo sin poesía, la poesía es el aglutinante de la vida, hay poesía en China desde el siglo xx a. C.; aquí, desde Hesíodo, y si se ha mantenido desde entonces... ¿por qué no ha de seguir? Es muy difícil comprender la vida sin esas palabras, sin esos calificativos que usamos a diario. Quién no ha tenido un amor poético, o escuchado una música poética o, desde su ventana, quién no ha contemplado un atardecer poético... Es difícil comprender un mundo sin poesía, sin afán de trascendencia, sin buscar la palabra nueva; porque a fin de cuentas la poesía es eso, palabra nueva.

Gamoneda afirma que la poesía no es literatura porque no comporta una dosis de ficción. ¿Está de acuerdo con esa visión?

Él lo puede pensar porque tiene un concepto de poesía no exclusivamente literario y, en ese sentido, quizás tendría razón; yo también tiendo a ver la poesía como algo que se interrelaciona no solo con otros géneros literarios sino sobre

todo con la vida. Hay poetas que levantan un alto muro entre su poesía y su vida, entre su obra literaria y su yo más personal. Para mí eso es inconcebible, para mí ser poeta es una manera de ser y de estar en el mundo. La poesía es una vía de conocimiento, sirve para escribir y también para conocernos y, a la luz de la psicología última, la de Jünger, la poesía, y por extensión la literatura, sana. Escribimos para sanarnos.

¿El poema tiene más de estética o de reflexión?

El poema ideal es aquel en el cual el poeta siente y piensa al mismo tiempo. Pensamos a la ligera, sobre todo en lo juvenil, pero la poesía tiene un grado de meditación, de diálogo con la razón, y en el libro hay todo un apartado dedicado a María Zambrano a este respecto, quien —sin ser estrictamente poeta— reflexionó mucho sobre la poesía. Hay tres entrevistas al final del ensayo que son curiosas porque ofrecen tres visiones sobre la poesía: la de Montale, el hombre literato; la de Neruda, que sufrió las sacudidas de la historia y vivió la poesía como compromiso; y la visión de Zambrano, que es la que más comparto, sobre la iniciación: la literatura como un proceso de iniciación del ser humano.

Cuando habla de Zambrano en el libro, el tono se hace más admirativo y rebosa una especial sensibilidad...

La considero una de mis dos maestros; el otro fue Alexandre, un maestro más en el campo de lo estrictamente literario; Zambrano es una maestra en el campo del pensamiento, en la visión trascendental de la poesía.

¿Cuáles son los enemigos de la poesía?

La visión no esencial de la vida, sin valores, monocorde, uniforme... La poesía es palabra esencial a contracorriente.

¿Con quién debe estar comprometido el poeta?

Escribí hace tiempo un librito que responde a la pregunta: *El compromiso del escritor con su soledad*. Desde su título es un texto polémico, porque puede entenderse como una actitud egoísta, pero acaso es lo que tenga que hacer el poeta: escucharse a sí mismo para comprender mejor a los demás.

Asegura en el ensayo que Juan Ramón es el autor del siglo xx que mejor resiste la dura prueba del paso del tiempo. ¿Cómo conseguir que una poética no caduque?

Quizás por esa vena meditativa. Desde luego, la poesía para mí fue otra cosa desde que le leí.

¿Cuál es el ónfalo —palabra por la que usted siente querencia— del poeta, su núcleo?

Si hay que hablar de un centro, un ónfalo, en la poesía, hablaría de la contemplación; hay un proceso en el poeta que es el de contemplar la realidad, saber contemplarla; Fray Luis de León decía que contemplar es «templarse con». Es la contemplación la que nos unifica con el mundo y conforma una impronta en el escritor. Contemplación, soledad..., son conceptos consustanciales a la poesía.

¿Cree, como Ezra Pound, que el gran autor se da después de los 30 años?

Sí, él rebate la idea de que la poesía es algo unido a la juventud, que el gran poeta, como un Prometeo destruido, arde en su misma palabra, pero —por la unión entre poesía y vida— la verdadera literatura se da después de los 30 años; la literatura es un proceso de maduración en el tiempo.

Cuando menciona a Pasternak en el ensayo, explica que «el error no está en la obra creadora en sí, sino

en el ojo crítico del que la juzga...».

Acaso no tengamos la serenidad para valorar la poesía en todo lo que significa en profundidad; tenemos un concepto de ella muy intelectual; nos damos cuenta cuando viajamos a Hispanoamérica, donde tiene ese carácter efervescente, esa presencia en las calles. Un ejemplo: en Medellín, en Colombia, di un recital ante mil personas, en un teatro; a mí me dieron ganas de llorar, se me puso un nudo en la garganta... En Europa la poesía es algo más analítico, más intelectual, carece del latido humano y nos sigue faltando la visión de la poesía como algo consustancial a la vida y al ser humano.

El poeta Torga dijo aquello de que «lo universal es lo local sin paredes». ¿Cómo traspasar la frontera?

Por la contemplación, lo que importa no es el medio sino la consciencia del ser humano en ese medio; un poeta, desde lo más local, puede estar universalizando su palabra y su voz, si la contemplación y la reflexión es la precisa.

Ahora que está tan en boga el asunto, ¿difiere la palabra poética de un hombre de la de una mujer?

No. Veo seres humanos, no mujeres y hombres; tradicionalmente ha habido menos presencia de la voz femenina por razones de marginación, pero lo que vemos en la poesía es el latido humano.

¿En qué momento se sintió poeta?

En varios..., pero cuando descubrí determinados poetas — Juan Ramón, Machado... — surgió una sensación interior que me llevó a pensar: vas a ser poeta. Cuando encuentras tu voz has de mantenerte fiel a ella; a mí la independencia me ha costado mucho, pero queda la satisfacción de la fidelidad a esa voz, a esa música que llevas dentro y que vuelve siempre. Renuncia a muchas cosas el poeta. La persona que apuesta por la palabra poética se enfrenta con la historia, el

caso de Pasternak es muy significativo. Por ello Zambrano dice que el poeta tiene algo de *eccehomo*.



Hugo Mujica, poeta

La libertad se manifiesta cuando, en el medio
de los demás, uno genera algo propio

Su último desempeño público fue el de director general de Políticas Sectoriales sobre Discapacidad, pero hubo otros antes. Por ejemplo, observador de Naciones Unidas en Angola. O vicepresidente de la Agencia Europea de Medioambiente. Con esa misma vocación de servicio público que ejerce su profesión escribe versos, cuentos, novelas, obras de teatro, ensayos. No en vano ama la diversidad. Por si no tuviera suficientes méritos, Jaime Alexandre (Las Huelgas, Burgos, 1963) es un conversador delicioso. Y tiene algo de esa «lentitud de arqueólogo en los ojos» de la que habla su poesía.

¿Pasar por la política le hace a uno más descreído?

No, a mí, no. La política es el arte de hacer posible las ideas y el tiempo que he estado en gestión y dirección de estrategias ha sido muy fructífero. Eso no evita que tengas decepciones, como las tienes en la familia, que sientas mayores y menores afinidades. Pero, como solía decir mi padre, se hace política desde que te enfrentas al espejo por las mañanas y te peinas. La política no es decepcionante, porque haces cosas con las que transformas la realidad; a veces, un cambio puede no mejorar pero, desde luego, para mejorar las cosas hay que cambiar lo que tienes, y el instrumento del que se ha dotado el hombre para hacerlo es la política.

¿En la política hay lugar para la emoción?

Soy muy emotivo, lloro viendo películas, escuchando música..., lo considero una virtud. A mis casi cincuenta años me sigue emocionando —y cuando digo «emocionando» me refiero a que se me saltan las lágrimas— cuando veo en el telediario niños muriéndose de hambre en el cuerno de África; cuando, en una película, salen imágenes de la II

Guerra Mundial; cuando la lengua de signos española se consideró lengua oficial, como el vasco o el catalán... La emoción es uno de los pilares de mi existencia.

Vargas Llosa dice en su último libro, *La civilización del espectáculo*, que el concepto de cultura se ha banalizado tanto que está vacío...

La cultura, y en concreto la literatura, que es la disciplina que más conozco, no puede estar al margen de la realidad social de los momentos históricos en los que se mueve. El triunfo del capitalismo, con las connotaciones que arrastra (el usar y tirar, la rapidez, la inmediatez, la búsqueda de la ortodoxia, del *fordismo*, la producción en cadena, el todo rápido), ha impregnado de conceptos económicos no solo la producción física del libro sino a la producción cultural literaria. De ahí el triunfo del *bestsellerismo*, como yo lo llamo. Sí, hay una vaciedad en la cultura, pero no es algo nuevo en la historia, ha habido recaídas de la reflexión literaria en otros periodos de la historia. Es cierto que estamos en un momento en el que el arte es más banal, porque se busca el entretenimiento puro y eso no es cultura. El acto por el cual el artista genera un libro, una idea, es el acto creador, pero no termina ahí, cuando el artista ha creado. Ahí, en ese momento empieza el acto: cuando entrego un poema, un cuento a una persona. Sí, estamos en un momento de cierta vaciedad en la que aparecen islas o archipiélagos de grandísimos escritores, artistas plásticos, etc.

¿Quizás porque se asume la perversa idea de que lo cultural no es divertido?

El entretenimiento es simple, banal, tú no pones nada de tu parte. El consumismo aplicado al arte te da la idea, el producto, y no tienes que poner ni tus incertidumbres, ni tu duda, ni tu imaginación. Sigue un esquema reiterativo. Pero eso no es cultura. La cultura te obliga a poner parte de ti, a

completar la obra. Se puede tener un momento de gozo leyendo a Marguerite Yourcenar, puedes leer novelas magníficas en las que ocurren peripecias; la cultura no supone sufrimiento. Hombre, hay novelas con las que la gente sufre de verdad, y llora, como con el libro *Las cenizas de Ángela*, que, pese a su tinte de *best seller*, es una buena historia; o cuando se lee *A sangre y fuego*, de Chaves Nogales: sufres, por lo que cuenta y por cómo lo cuenta. Por ejemplo, ahora estoy leyendo a Max Aub. Y a mí, que presumo de que me gustan las palabras, me hizo acudir al diccionario como cuarenta veces. ¿Eso te impide disfrutar? No es cómodo, desde luego, pero descubres palabras tan hermosas... Todo aquello que se llena, te entretiene. Lo que ocurre es que se ha limitado el significado de entretenimiento. ¿O acaso uno no se entretiene jugando al ajedrez, que requiere una concentración absoluta?

En su cuaderno de bitácora, en el pórtico de su página web, cita a Stevenson cuando dice aquello de «aspiro a ser un espíritu optimista, alegre».

Me define la contradicción, mis libros son muy pesimistas y, sin embargo, soy una persona alegre. Será porque creo que el derrotismo nunca ha producido mejoras en la sociedad ni obras de arte. Fíjate en Stevenson, él, un tipo tan vitalista, escribió unos versos terribles: «La vida, qué es la vida, en un páramo desnudo ver el amor llegar, ver el amor marcharse».

Haciendo uso del título de uno de sus libros, ¿cuáles son las palabras en desuso que se empeña en restituir?

Ese libro tiene que ver con la poesía... Me sorprende que, en un país que ha dado algunos de los mayores poetas de la humanidad, la poesía careciera de prestigio social. Hoy en día, la poesía, y por ende los poetas, se considera la elite de las artes, algo con lo que tampoco estoy completamente de

acuerdo, pero antes la poesía se consideraba cosa de *mariquitas*. Supongo que el odio hacia la poesía se debe a la obsesión del sistema educativo por el orden cronológico. Si a un niño le das a leer las églogas de Gonzalo de Berceo, seguramente no las entienda; pero si empiezas por Ángel González, seguro que le gusta. Lo mismo ocurre con Calderón, el mayor dramaturgo de la historia de la humanidad. Pero, volviendo a tu pregunta, el sentido de palabras en desuso también se aplica a mi propia poesía, porque tardé muchísimo en publicar; lo hice en 1987, en formato no venal, pero hasta 1995 mis libros no se vendieron en librerías. Es decir, que pese a que la poesía es un formato muy inmediato e intemporal, tardé trece años en publicar mis poemas.

¿El poeta tiene más de azar o de virtuosismo innato?

El virtuosismo no me gusta nada, me parece que tiene poco que ver con el arte; estamos hartos de ver unos cuadros hiperrealistas con un enorme virtuosismo, en el sentido canónico de la palabra, que no transmiten nada. O a niños que interpretan de manera virtuosista a Rachmaninov pero no emocionan...

Reformulo, pues, la pregunta. ¿El poeta tiene más de azar o de talento innato?

Hay un talento innato, pero tiene que desarrollarse. ¿Cómo? Leyendo. Mis primeros cuentos y poemas se los enseñaba a uno de mis profesores, que me daba algunas indicaciones. Lo que más me ayudó fue una lista de libros que él no podía recomendar en el colegio (hablamos del año 76 o 77, en un centro de curas). Esa lista todavía la conservo porque cambió mi percepción del mundo. Leer *Memorias de Adriano*, por ejemplo, a los catorce años, o a Pessoa, te transforma. Es decir, se trata de conjugar el talento, el trabajo y, sobre todo, la lectura. Tampoco me considero poeta. Poeta era Luis Cernuda. Más bien, escritor.

Ahora que menciona a Pessoa, él, como Kant, fue un tipo que apenas salió de su comarca, al contrario que usted, que es todo un nómada. ¿Qué reporta el viaje?

Para mí es consustancial a mi vida; tengo pasión por la diversidad, de ahí que me gusten poetas antagónicos. Encerrarme en mi casa, en mi pueblo, me limita mucho; tengo espíritu aventurero, de nómada. También es verdad que siempre regreso, pero el viaje me da una perspectiva diferente y permite tocar la diversidad humana, cultural, paisajística... Lo diverso me enriquece, por eso no me he especializado en nada en literatura. La plenitud viene de la diversidad.

¿Siempre ha querido regresar?

Sí, siempre, al menos, he sabido que regresaría. Ha habido muchos países que me han gustado, pero España es el país más bonito, en general, para vivir; por el clima, las personas, la cultura, sus paisajes... Me fascina también el desierto de países como Namibia o Angola. Alaska también me dejó una huella profundísima porque es la naturaleza en estado puro y tiene unas dimensiones que empequeñecen el alma... ¡hasta de Kant! En cualquier caso, siento especial predilección por África, pero mi sitio para vivir es España.

¿Algún destino al que no volver por poco poético?

Aunque he vuelto muchas veces por trabajo, una ciudad que nunca me ha entusiasmado es Nueva York. Incluso me ofrecieron trabajo allí, pero lo rechacé. Es cierto que, en una de las últimas veces que estuve, crucé el puente de Brooklyn y me resultó un espectáculo hermoso, pero no me gusta la ciudad. Jamás viviría allí. Por lo demás, en todos los sitios donde he vivido me he sentido feliz, nunca extranjero.

Así como hay viajeros y turistas, ¿hay mucho impostor en la poesía?

Una vez me invitaron a dar una conferencia sobre Alaska y, precisamente, me detuve en que creo que se ha